



La pasión por narrar y contar historias

FABRICIO LAINO (EIDAES-UNSAM/CONICET/UNPAZ/UBA)
9 DE JULIO DE 2025

Más que cuestionarnos para qué sirve la Historia, quizás la pregunta sea por qué nos gusta tanto: por qué la necesitamos casi como una pulsión vital. En todas las sociedades de las que tengamos registro ha existido una evidente pasión por escuchar y narrar historias, y entre ellas estuvieron siempre, en un lugar destacado, aquellas que rememoran acciones, grupos y personas notables del pasado.

Este impulso nace en principio, creo yo, de la simple curiosidad. La voluntad de saber nos ha llevado durante siglos (y aún hoy) a intentar desentrañar los misterios de pueblos y civilizaciones cuya historia se difumina en los pliegues del tiempo. En una época dominada por la lógica utilitarista, es indispensable reivindicar el mero deseo de conocer,

de formular preguntas y buscar respuestas, como una de las mayores virtudes humanas, motor del desarrollo intelectual y científico y de los progresos sociales y políticos.

Es evidente, con todo, que el impulso por registrar, narrar y rememorar el pasado se vincula también con factores sociales más profundos. “El pasado nunca muere. Ni siquiera ha pasado”, escribió alguna vez William Faulkner. Lo que somos aquí y ahora es la consecuencia de las muchas cosas que hicimos y fuimos en el pasado; de lo que nos enseñaron, lo que aprendimos, lo que elegimos, lo que rechazamos. Nuestro pasado nos habita como una fuerza espectral que nos rodea y se hace *presente* en sus múltiples efectos, incluso cuando no seamos plenamente conscientes de ello. Así también el pasado de las sociedades se manifiesta en su presente: procesos, ideas y figuras históricas continúan moldeando la realidad social, económica, política y cultural.

Volver la mirada hacia ese pasado, de manera atenta y crítica, nos puede ayudar entonces a comprender mejor nuestro presente. Pero todavía hay más: si el pasado ha forjado lo que *somos*, recordarlo de cierto modo será indudablemente parte constitutiva de nuestra identidad. Esa trama de recuerdos compartidos constituye la memoria colectiva que da sentido de pertenencia a un grupo. Por supuesto, como las sociedades son heterogéneas y están marcadas por múltiples fracturas y conflictos, no hay una sino múltiples memorias, en ocasiones antagonistas, encarnadas por distintos grupos sociales.

Es en esa incesante y disputada elaboración del pasado, impregnada de la voluntad de saber y la expectativa de comprender(nos), que se inserta la Historia como disciplina. Mediante un método crítico y sistemático de análisis y contraste de fuentes, las y los historiadores profesionales buscamos contribuir al conocimiento colectivo. La disciplina histórica va más allá de las anécdotas y las fechas, para reconstruir procesos, explicar causas y comprender a los actores sociales.

Conocer el pasado nos permite decidir qué preservar, qué transformar y qué dejar atrás. Nos muestra que lo que hoy consideramos natural —la democracia, los derechos, las libertades— no cayó del cielo, sino que es fruto de batallas libradas antes que nosotros. Y es precisamente esa capacidad de interpelar críticamente el presente y abrir caminos para imaginar el futuro lo que convierte a la Historia en un saber fundamental en los tiempos que corren.